

## **Albert Camus: ese joven intelectual comprometido que nos acompañará siempre**

Antonio J. Quesada

[aqs@uma.es](mailto:aqs@uma.es)

De Albert Camus se ha dicho y escrito mucho. De Albert Camus se ha dicho y escrito tanto que puede ser difícil aportar algo nuevo, a estas alturas de la película: sobre cualquier minucia de su vida y obra seguro que han publicado ya trabajos cargados de notas al pie un montón de científicos con apellidos centroeuropeos que imparten docencia en Norteamérica, Francia e Inglaterra (a lo mejor, incluso en Berkeley, que luce mucho). Pero uno intenta hacer su modesta cosita, pues la ocasión lo merece: en tiempos en los que todo eso del compromiso del intelectual está más que trabajado en el plano teórico y más que prostituido en la práctica, podemos intentar ejemplificar entreviendo cómo Camus se compromete en su vida y en su obra. A ver si aprendemos algo de Camus, que no estaría mal. Iría mejor el mundo.

Difícilmente se pueden poner reparos al compromiso con su tiempo de Albert Camus en su obra: su compromiso con los entresijos de la condición humana, en su sentido más extenso (desde “El extranjero” hasta “La caída”, pasando por “El malentendido”, “Reflexiones sobre la guillotina”, “El hombre rebelde” y los textos más filosóficos, así como casi cualquier texto suyo), además de su compromiso ya más estrictamente político (“La peste”, “Los justos”, “El estado de sitio”, “Carnets”, “Crónicas”, “Cartas a un amigo alemán”, “Crónicas argelinas”, etc.). Su compromiso con el presente se plantea desde la tensión entre el absurdo y la rebeldía, algo que vivirá en sus propias carnes mediterráneas, como veremos.

Pero lo grande de Camus es que no se queda ahí, como harán tantos: Camus se compromete en su obra, pero también, y ante todo, en su vida. “Menos obras comprometidas y más vidas comprometidas”, demandaba alguna vez. E intentaba dar ejemplo: como persona comprometida con su tiempo y con la necesidad de mejorar el mundo se vinculó con el Partido Comunista (paso inevitable de todo aquel que quería cambiar el mundo en aquellas fechas), pero al comprobar que el Partido (el Partido Comunista puede llamarse, simplemente, “el Partido”: se lo ha ganado) no estaba a la altura a la hora de tratar el tema musulmán en Argelia se da de baja en él. No prefirió estar equivocado dentro del Partido a acertar fuera de él, como tantos: cogió sus cosas y se integró en uno de los grupos políticos que más glamour tienen desde mediados de los años ochenta del siglo XX, como es el de los ex-comunistas. El Partido tendrá mil ojos, pero yo conservo los dos míos, por si acaso. El hombre de teatro, el mediterráneo enamorado del sol, de la playa, de las mujeres, de la fiesta, se manchaba las manos, como siguiendo el mensaje de su gran amigo-enemigo, el genial Jean-Paul Sartre. Sartre, ese cerebro conceptualmente puro (no como su amigo-enemigo el imperfecto Albert), siempre hábil a la hora de orientar su mesita del Café de Flore en el sentido de la Historia.

Albert, el gozador que no era químicamente puro y eso le hace más grande, quizás porque la pureza puede ser insoportable. El agua destilada es tan pura que no puede ser bebida, y cuando uno juega a ser Savonarola puede acabar sembrando hogueras purificadoras que nos empobrecerán a todos.

Siempre preferiré al hombre que no dudó en tomar partido frente a los alemanes, pero que sí dudó en tomarlo en el caso de la guerra de Argelia, porque era una herida abierta con demasiada implicación sentimental y, aquí sí, salían demasiados decimales en las cifras, no números redondos (como sucede cuando organizamos algo que no nos afecta). ¡Ay, Argelia!

Qué poco se entendió, por todos los bandos habidos y por haber, su “Llamada a una tregua civilizada” de 1956. Cuando defiendes algo así como una tercera vía los dos bandos canónicos, encantados de pegarse tiros, siempre te encuadran con el enemigo. Y ya sabemos que eso, en una guerra, te cuesta la vida. El intelectual es el hombre de los matices, nos lo enseñó Malraux. Pero cuando vuelvan las balas, mejor dejarse de disquisiciones y unirse al tiroteo o ponerse a cubierto.

“Si tuviera que elegir entre la justicia y mi madre, siempre elegiría a mi madre”. La perfecta imperfección de la frase agranda, desde mi punto de vista, a Albert.

Un creador total: excelente novelista, hombre de teatro en el sentido más extenso de la palabra, opinador, periodista... Y no se le puede echar en cara que no se comprometiera en su vida, precisamente, como hemos comprobado: en 1949 firma un manifiesto a favor de los comunistas griegos condenados a muerte; en 1952 dimite de la UNESCO, por admitir a la España franquista en ella (España, otra herida abierta: su madre era de origen balear y siempre llevó a España clavada en el alma); en 1953 pronuncia un discurso en memoria de los obreros muertos en los disturbios de Berlín y en 1956 denuncia la represión de los insurgentes húngaros a manos del ejército soviético. ¿Se puede ser más poliédrico? En 1957, con cuarenta y cuatro años, recibe un merecido Premio Nobel.

Albert Camus: el genio que no entendió el compromiso como una actividad puramente creativa, sino como una opción vital. La Historia, además, le dio la razón en sus luchas. Albert Camus y su obra siempre serán jóvenes: Albert Camus nació joven, vivió joven y murió joven.

Por la fresca y eterna actualidad de su obra, así como por su vida comprometida, Albert será siempre joven.

La vida y obra de este joven seguirán acompañándonos siempre.